

El valor desconocido

El valor desconocido

HERMANN BROCH

TRADUCCIÓN DE ISABEL GARCÍA ADÁNEZ



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Die Unbekannte Größe

Copyright © SUHRKAMP VERLAG FRANKFURT AM MAIN, 1977
Todos los derechos reservados y gestionados por
SHURKAMP VERLAG BERLIN

Primera edición: 2020

Traducción
© ISABEL GARCÍA ADÁNEZ

Imagen de portada
© ALFRED EISENSTAEDT/The LIFE Picture Collection via GETTY IMAGES

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2020
América 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

Impresión
COFÁS

ISBN: 978-84-18342-05-9
Depósito legal: M-19542-2020

Impreso en España



Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.

PRIMERA PARTE

1

El aula de Física, con sus hileras de bancos blancos lacados y sus paredes de azulejo blanco, transmitía una sensación de higiene. Encima de la larga mesa del profesor, al pie del anfiteatro, había un juego de recipientes de cristal de curiosas formas retorcidas, y el bedel del laboratorio, Anton Krispin, estaba recogéndolas. Era un hombre bajito, mal afeitado, la bata de loneta negra le colgaba de los hombros sucia y sin planchar, del chaleco a cuadros le asomaba como un péndulo una cadena de reloj plateada y necesitaba ponerse de puntillas para limpiar la pizarra negra, repleta de fórmulas matemáticas garabateadas en todas direcciones durante la clase magistral. Algunos estudiantes seguían sentados en sus bancos, contemplando cómo la pizarra se volvía negra y brillante allí donde se iban creando anchas franjas húmedas, cómo la agüilla de tiza chorreaba blanquecina, y, cuando el bedel por fin recogió y retiró la última hilera de gotas, aún en movimiento, con una pasada horizontal que remataba la limpieza en una esquina inferior del encerado, a algunos de los espectadores les invadió una sensación agradable. A Richard Hieck, por ejemplo, el brillo negro de la pizarra húmeda le recordaba el terciopelo del cielo nocturno.

Richard Hieck se deslizó sobre el asiento para levantarse de uno de los bancos corridos de la última fila. Al igual que el bedel, llevaba bata de laborante negra, pero abrochada hasta el cuello como una sotana, y carecía de la desenfadada agilidad que caracterizaba al primero, pues él era muy alto y más bien

patoso y, por más que tenía cuidado con los faldones de la bata, siempre se le enganchaban en el asiento abatible. No obstante, al margen de su torpe corpulencia —es más: casi en contradicción con ella—, tenía un cráneo huesudo y provisto, en la parte delantera, de un rostro cuya ausencia de grasa y rasgos marcados permitían intuir que, con el tiempo —suponiendo que también llevase una determinada forma de vida— adquiriría la dureza ascética de las fisonomías españolas. Por las ventanas del pasillo, que ofrecía el aspecto habitual en cualquier descanso entre clase y clase, se asomaba el sol del invierno, reforzada su luminosidad por la nieve de los tejados de enfrente; de los radiadores de debajo de las ventanas subía el calor, y los rayos de sol que se filtraban a través del cristal quedaban impregnados de una nebulosa de humo de cigarrillos, se oían pasos que iban y venían con desgana por los suelos de tarima, se veían colillas en los rincones, de las puertas abiertas de las aulas emanaba un aire viciado y olía a polvo. Hieck, con sus andares rígidos, como si casi no moviera los pies, el hombro derecho siempre un poco levantado, se dirigió hacia el despacho del profesor Weitprecht, el catedrático. Se trataba de su tesis doctoral.

La puerta que conducía al aula donde celebraban los exámenes, que también hacía las veces de antesala del despacho de Weitprecht, estaba abierta. Allí tenían alojada la biblioteca del departamento; desde las paredes saludaban los retratos de algunos catedráticos de renombre, y sentado a la mesa de juntas, rodeada de sillones amarillos, estaba el doctor Kapperbrunn, el matemático ayudante de Weitprecht. Como matemático puro, despreciaba el campo de la física, y a Hieck, como se había pasado de las matemáticas puras a la física, solía someterlo a un escarnio especial. Levantó la vista de las tablas de cálculos en las que estaba trabajando muy aburrido.

—Buenas, Hieck... Qué, ¿aún se acuerda de sumar?

—No —respondió Hieck, todo serio—, un matemático auténtico no necesita saber sumar.

—Estupendo... —dijo Kapperbrunn—, pero no me vendría nada mal que me quitara de encima esta morralla.

—No faltaba más —dijo Hieck educadamente—, ¿me permite echarle un vistazo?

Kapperbrunn se levantó. Tenía un gesto guasón, poca cara de científico, todo en él era un tanto redondeado, ya se le intuía sin lugar a equívoco una futura barriga, cuyo desarrollo, por el momento, aún conseguía frenar con varios tipos de medidas.

—Qué bien que mañana sea domingo —comentó—. Usted no esquía, ¿verdad?

Hieck, inclinado sobre las tablas de las que enseguida se había apropiado, respondió:

—Esto es un error o un milagro.

—Ojalá sea el milagro —dijo Kapperbrunn sin gran interés.

—Un valor mínimo como éste no puede ser..., tendría que haberle llamado la atención al profesor Weitprecht.

—Sí, algo mencionó al respecto —replicó Kapperbrunn—, pero, después de todo, también los catedráticos se pueden equivocar, sobre todo cuando el error les viene de perlas.

Hieck miró hacia la puerta que conducía al despacho de Weitprecht.

—No, no, no está, pero ya se lo he dicho yo también, y a la cara... Por cierto, esta tarde me marcho a la cabaña de Klober y no estaré de vuelta hasta el domingo por la noche.

Hieck dijo:

—Si esto es correcto, es una revolución de la física.

—Revoluciones ha habido ya muchas —dijo Kapperbrunn.

Entró Weitprecht. Por encima de sus gafas de media montura, miró a los presentes con receloso nerviosismo, aunque también con cierta intensidad, como si su afilado rostro de pájaro estuviera al acecho.

—¿Es correcto esto, doctor Kapperbrunn?

—Por lo que respecta a los cálculos, estará bien, profesor.

—Bueno, ya..., mire, doctor Kapperbrunn, yo no dejo de sospechar que este fenómeno habría que abordarlo desde la teoría de grupos.

Kapperbrunn levantó la cabeza:

—Eso habría que pensarlo.

—Pues sí, por favor, hágalo. —Weitprecht se dirigió hacia su despacho, pero se detuvo una vez más—. En realidad, podría darnos claves importantes.

Kapperbrunn señaló a Hieck con un gesto.

—Bueno, aquí tenemos a nuestro viejo experto en teoría de los números... A ver, usted, que ya había publicado alguna cosa sobre la teoría de los números, antes de caer en pecado, ¿qué opina?

Hieck dijo:

—Aún no lo veo del todo claro, pero tendré mucho gusto en ocuparme del tema.

—¿Cómo se llama? —preguntó Weitprecht al instante, y luego se sentó con él—: Ay, sí, si es Hieck, discúlpeme.

—Profesor, yo en realidad venía a preguntarle si ya ha podido echarle un vistazo a mi trabajo —tanteó Hieck.

—¿Su trabajo? ¿Su trabajo? —Weitprecht hizo por acordarse—. Eeh... Está en ello Kunz... Bueno, estará bien, claro..., pero entretanto vendría realmente bien que hablara usted un poco con el doctor Kapperbrunn sobre ese abordaje desde la teoría de los números... De verdad que sería muy importante para mí.

Y desapareció en el interior de su despacho.

—En fin, ya ve... —dijo Kapperbrunn, una vez que Weitprecht hubo desaparecido—, así se vive en el cómodo puesto de funcionario al que aspiro. Claro que cuando yo sea catedrático, mis ayudantes tendrán una vida más descansada, de eso sí que puede estar seguro.

Hieck dijo pausadamente:

—No deja de ser una idea sugerente..., quizá no haya sido un error de observación, después de todo.

—Un jefe inquieto es un dolor de muelas... y las ideas sugerentes son un dolor de muelas de los malos. En fin, le daré una vuelta al asunto en la cabaña...

—Yo el año pasado únicamente trabajé en teoría de conjuntos —dijo Hieck.